

CANCION NUEVA  
 DE  
 ABELARDO Y ELOISA.

ELOISA.

¡Qué pavor, Paraclete, me inspiras,  
 al pisar tu clausura funesta!  
 Eloisa, tu tumba es aquesta,  
 ya espiraron tu gloria y tu amor;  
 Abelardo, Abelardo, á mis ayes  
 ¿por qué diste tan fiera respuesta?  
 Eloisa infeliz, no le resta  
 mas que luto, tristeza y dolor.

Subo al coro á implorar del Eterno  
 el perdón de mi vida pasada,  
 y en vez de esto, mi lengua turbada  
 solo ruega, Abelardo, por tí.  
 Temeroso de horrendo castigo  
 huyo ¡oh Dios! de tu santo retiro;  
 mas... ¡ay triste! de quiera que miro,  
 Abelardo, tu sombra está allí.

Pen la mano, Abelardo, en mi pecho  
 le verás de pasión palpitante:  
 alza el velo, y verás mi semblante,  
 triste espectro de tanto llorar.  
 A estas pruebas de amor y quebranto  
 ser sensible, Abelardo, debiste,  
 mas ¡ingrato! á tu bien preferiste  
 tu sosiego y tu tranquilidad.

Castá virgen, que este aulo santo  
 inocente habitas conmigo,  
 tú que has sido en mis penas testigo  
 y consuelo en mi triste sufrir,  
 de Eloisa el cruel sacrificio  
 haz presente á las almas sensibles,  
 y en tí llora los males terribles  
 de un amor que llegó al frenesí.

4. 60. 017

## ABELARDO.

Eloisa, ya estoy penetrado,  
sé muy bien que es tu amor verdadero,  
juré serle siempre compañero...  
oye pues mi discurso fatal.  
Si estuviera como en otro tiempo  
(en pensarlo solo me horroriza),  
¡el te soy y seré, Etoisa,  
hasta la muerte siempre leal.

Ya conozco mi funesto estado,  
pero nunca jamás he podido  
olvidarme que soy tu querido  
hasta que deje ya de existir.  
¿Quién ha visto á hombre impotente  
unirse aun á su tierna amadal  
y así mi suerte deseifrada,  
no puedo mas tiempo resistir.

A ti soia, amada Eloisa,  
ver espero en el lance postrero;  
es constante mi amor, verdadero,  
lealmente te quiero cumplir  
aquel voto de unirme contigo,  
recibiendo el último suspiro,  
deseando lo que solo aspiro;  
oye pues, que sin ti no es vivir.

Yo fallezco, adios, Eloisa,  
haz que sea tu fin mas dichoso,  
he logrado alcanzar el reposo,  
luego acabo, te pido perdou.  
Oye pues mis acentos postreros,  
ya me hallo del todo agitado;  
sirve á Dios, deja ya mi cuidado,  
el alma á Dios y á ti el corazón.

## VIDA Y AMORES DE ABELARDO Y ELOISA.

En Clison, allá en Bretaña,  
nació dotado Abelardo  
de un talento singular  
y de un exterior gallardo.

Dedicándose á las ciencias  
con incomparable ardor,  
consiguió con sus estudios  
cada vez lauro mayor.

Mas siendo su inclinacion  
mayor, la filosofia,  
marchóse á París, en donde  
grandes maestros habia.

Logró una fama asombrosa,  
diéronle un canonicato,  
entronizóse su escuela  
en el mundo literato.

Así pasaron cuatro años,  
hasta que llegó á saber  
que habia en París un ángel  
en forma de una mujer.

Quiso hacer conocimiento  
con ella, y como la halló  
superior á los elogios,  
de su beldad se prendó.

El canónigo Fulbert,  
que era de Eloisa tio,  
enterado de su ciencia,  
en su casa le dió asilo.

Pasaron algunos años  
en el colmo del placer,  
cuando al cabo de este amor  
apercibióse Fulbert.

Agriamente á su sobrina  
con furor la reprendió,  
y al amoroso Abelardo  
de su casa al punto echó.

Junta Fulbert sus parientes,  
de su agravio les habló,  
y con ellos la venganza  
mas infame concertó.

Cinco hombres conventidos  
en casa de Abelardo entraron,  
y la maldad mas horrenda  
con prontitud consumaron...

Abelardo su vergüenza  
fué á ocultar á un monasterio,  
encerrando su existencia  
al que llamó Paracleto.

Eloisa en un convento,  
Abelardo en su abadia,  
en vano al Cielo con ansia  
irregnas á su amor pedian.

Fuó entonces que se escribieron  
aquellas cartas sentidas,  
por todos tan celebradas,  
de todo el mundo icidas.



# CANCION

DE

## LA TRISTE CORINA,

lamentándose de la ingratitud de Oswaldo,  
su falso y cruel amante.

En carroza triunfante sentada,  
adornada de joyas preciosas,  
obsequiada de muchas hermosas  
se vió en Roma á esta jóven lucir;  
mas ¡ay cielo! que amor cauteloso  
por sus venas discurre inclemente,  
vió á Oswaldo y le amó tiernamente,  
y este amor la condujo á morir.

Coronada de laurel y mirto  
á la gloria marchaba Corina,  
y ostentando sus gracias, inclina  
á las bellas su ejemplo seguir;  
mas de Oswaldo una sola mirada  
infundió en su alma tal tormento,  
que mudando en tristeza el contento,  
sintió luego un fatal porvenir.

Cuán brillante subió al Capitolio  
por el pueblo romano aclamada,  
do logró, de la gloria cercada,  
la corona de sábia ceñir;  
pero en vano su pecho se agita  
anhelando adquirir honores!  
que trocados en fieros dolores  
la harán pronto llorar y gemir.

Mas Corina, que nada recela,  
busca en vano á su futuro esposo;  
y entristece su pecho amoroso  
no pudiéndolo al fin descubrir:  
de dolor y pena desfallece,  
queda sola, en llanto sumergida,  
y en su ausencia no estima la vida  
que á su amante propuso rendir.

¡Ay Oswaldo! el amor de Corina  
era muy en extremo constante.

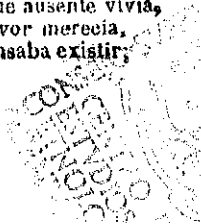
pues en tí contemplaba un amante  
que pudiera hacerla feliz;  
mas tú, ingrato, el apego á tu patria  
preferiste á un amor sincero,  
regresando á Inglaterra primero  
que casarte en otro país.

Cuál Corina te amaba, bien sabes;  
tus deseos su ley siempre fueron,  
mas los tuyos, tal vez produjeron  
este amargo y cruel porvenir:  
¡ja olvidaste! y en vano secreto  
ocultaste á tu amor obsequiado;  
su desgracia por fin has causado,  
y la privas de un dulce existir.

Llegó un día en que el sol eclipsado  
entre nubes ocultó su luz,  
y postrada al pié de una cruz,  
exclamó con sentido decir:  
—«¡Por qué aterra morir al humano  
si la vida ve pálida y fría?  
el vivir es amarga agonía;  
sin embargo, se ¡anhela vivir!

Yo, Corina, jóven infelice,  
dí entrada en mi pecho inocente  
al veneno de un amor ardiente  
para luego por siempre sufrir:  
¡oh vosotras jóvenes incautas,  
que de amor la violencia ignorais!  
si mi triste canción escuchais,  
de sus redes crueles huid.

Habitaba tranquila en Italia,  
y en un tiempo que ausente vivía,  
de un Apolo el favor merecía,  
y en mi patria pensaba existir.



mas ¡oh musa, qué estrella funesta  
me condujo á la senda amorosa,  
do una voz resonó dolorosa:  
ay Corina, tú vas á gemir!

En la flor de mis años sentía  
por mis venas un fuego vagar,  
que imprevisto lo vino á excitar  
ou tirano de quien me creí:  
obcecada con falsas promesas  
que su pecho traider me dictaba  
en su lazo, saqaz, me enredaba,  
cuando aleve se ausentó de mí.

Genio horrible me acusa incesante,  
que luchando con mi bárbara suete,  
la sonrisa se ve de la muerte:  
á mi cárdeno labio acudir:  
en las alas del austro llevada,  
sobre tumbas y escombros me mece,  
y la copa fatal que me ofrece  
á apurarla me insta el frenesí.

De inquietudes llenaron mi alma  
con delicias dulce poesia,  
en tan pura y completa alegría  
que alcanzaba mi seno rendir:  
tantos bienes perdí en un momento,  
y mi amor, por mi mal, sacrificio,  
á un ingrato mi pecho dedico,  
no pudiendo mi fuego extinguir.

Victimas de un amor infelice,  
atended á mi acento postrero,  
si á la faz de una muerte que espero  
mis lamentos quereis aun oír;  
desechad esa copa engañosa,  
que á Corina perdió de repente,  
cuando en Roma, ceñida su frente,  
sus talentos se vieron lucir.

Dime, impio, ¿en qué te he ofendido?  
dime, falso, ¿en qué te he agraviado?  
dime, Oswaldo, mi bien adorado,  
si Corina te pudo afligir;  
mas no, ciegos! yo soy inocente;  
bien lo sabes que constante he sido,

y que fiel en mi pecho ha ardido  
una flama que no sé extinguir.

Vive, ingrato, con tu esposa tierna,  
pues Corina es preciso que muera  
inmolada en tu pecho de fiara,  
¡ay Oswaldo! espirando por tí:  
cauteloso a tu amante engañaste  
del amor el veneno bebiendo,  
sin remedio mi mal advirtiendo  
te burlaste, incoostante, de mí.

Dime, Oswaldo, ¿por qué receloso,  
el carácter romano temisies?  
¿cuantas veces á un tiempo advertiste  
que inglesa é italiana fuí:  
Un pensar preocupado ha podido  
de tu anillo los pactos romper,  
y á Lucila tu mano ofrecer,  
aumentando la trista en mí.

En tí, Oswaldo, cifraba mi gloria  
aspirando tan solo á tu mano,  
cuando elogios del pueblo romano  
mis oidos vinieron á herir;  
mis ternezas mostraban cariño  
y la grande pasion que notaste,  
mas tú, ingrato y cruel, me olvidaste,  
y has venido á verme morir.

Mira el sol que entre nubes sombrías  
oscurece su rostro dorado,  
y se muestra aun eclipsado  
por no verme penando morir:  
la pasion que mi dicha robando  
hoy aumenta mi agudo dolor,  
traspasado del dardo de amor  
ya mi pecho lo siente latir.

Mi sepulcro mira con respeto,  
y á lo menos mi lápida fria  
oiga, Oswaldo, de tu boca un dia:  
«Aquí yace la mas infeliz.»  
y tú, conde, mi mas fiel amigo,  
adios, que morir ya me siento,  
una sombra oprime mi aliento  
y me cubre de un negro tapiz.»

